

prender muchas de las conquistas de la sociedad indígena como por ejemplo su relación en equilibrio con la naturaleza y sus impresionantes conocimientos en herborística.

Muchos prejuicios se han creado con respecto de lo indígena, tanto a nivel del juicio histórico como también en las consideraciones sobre su existencia actual.

Dentro de estas condiciones, se plantea como una necesidad vital el que los maestros combatan desde la escuela misma los mitos y prejuicios sobre la sociedad indígena, en aras de crear un ciudadano costarricense consciente de la realidad del país y de su pasado, un ciudadano también más solidario con respecto no sólo de los pueblos indígenas sino de todos los sectores desfavorecidos y marginados que aún deben jugar un papel relevante en la definición de nuestra cultura nacional.

En su artículo "Notas sobre la idea de América Latina" (1), el filósofo Rafael Cuevas expone los argumentos que permiten pensar que el nombre de nuestro continente no deriva directamente del que llevó Vespuccio, primero en realizar que no se trataba del continente asiático, sino del de un grupo indígena situado en la Mosquitia. Vespucci, cuyo nombre original era Alberigo, empieza a firmar como Amerigo a partir de 1507 y después de un viaje por aquella región.

En el mismo nombre de América Latina encontraríamos entonces el señalamiento de nuestras dos principales raíces, sin olvidar por ello que en nuestras sociedades hay además un aporte no poco significativo de los patrimonios genéticos de pueblos de Africa y de Asia.

En el fondo, casi todas las sangres convergen en nuestro continente y en nuestro país: la de las poblaciones autóctonas que nos legan lo específicamente americano; la del Asia que estos últimos ya vehiculan y que los obreros que instalan la vía férrea refrescan; la de Europa a través de los colonos que desde el siglo XVI arriban de casi todos sus países; la de Africa por doble vía: la musulmana que ya llevan inscrita los mismos españoles, y la de los esclavos por ellos martirizados. Y el producto de toda esta mezcla de rasgos y de culturas, no tiene por qué preocupar a nadie, pues a platillo con tantas esencias no le podrá faltar carácter.

La Universidad de Costa Rica no puede perder la oportunidad de impulsar un proyecto que trate de recuperar la parte perdida o adormecida de nuestra conciencia histórica como forma de conmemoración objetiva del 12 de Octubre de 1992. Todos los interesados deberíamos uno de estos días reunirnos y planear algunas actividades alternativas al tradicional "¡Viva Colón!"...

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Cuevas Molina, Rafael. "Notas sobre la idea de América Latina", *Temas de Nuestra América Latina*, N° 1.



EL MUSEO COMO DIFUSOR DE LOS VALORES DEL PATRIMONIO CULTURAL Y NATURAL

Claudio Monge



Vista parcial de uno de los patios del Museo Nacional

Hacia la década de los años 50, con nuevas apreciaciones teóricas, los medios culturales internacionales comienzan a discutir el reordenamiento de los museos. Se le asignan a las instituciones museables diversas funciones encaminadas a obtener resultados que hasta entonces no constituían aspectos de interés, y se inicia este movimiento poniendo en práctica un programa de trabajo dirigido, en primer lugar, a seleccionar y organizar las colecciones que componen el acervo cultural que estas atesoran. Con esas premisas, comienzan los museos a desempeñar el papel de auxiliar del hombre para el desarrollo de su conocimiento, resaltándose por medio de un nuevo

orden museográfico los valores del Patrimonio Cultural, como referencia histórica, con el fin de lograr la justa comprensión de las transformaciones de la sociedad y de la naturaleza.

Durante el camino recorrido, desde la toma de conciencia de la necesidad de cambios sustanciales para una mejor y mayor explotación de lo que comenzó a reconocerse como herencia cultural, diversos conceptos han ido conformando a escala mundial un nuevo diseño para el estudio con criterios científicos, de una disciplina que hoy conocemos por el nombre de Museología.

El estudio de la museología ha propiciado nuevos métodos de trabajo, que abarcan aspectos que van más allá de la simple recolección y exposición de evidencias. En la actualidad, como parte de la misión del museólogo, está organizar e inventariar las colecciones, mantener actualizada la documentación que concierne a la procedencia y estudio de las mismas, conservarlas y estar al tanto de las enfermedades que las amenazan para planificar su tratamiento, exhibirlas con fines pedagógicos, didácticos e investigativos y crear en el ámbito museográfico, las condiciones para transmitir por medio del conjunto expositivo, el mensaje cultural que debe asimilar el público.

Sin embargo, vale la pena formularse algunas interrogantes, que a su vez, nos sugieren algún intento de respuesta; ¿es sólo ese ámbito el que determina o asegura el éxito de la proyección de un museo hacia la comunidad que lo rodea? La museología, como otras disciplinas, requiere del espíritu creador de aquel que la practica, sin el cual, lo que en principio puede ser un acierto en relación con prospectos anteriores, en poco tiempo se convierte en señal inmutable que por habitual presencia, se queda en la retina sin que sus órdenes lleguen a estimular los mecanismos sensoriales del visitante habitual. ¿Cómo, entonces, con el material que forma parte de las colecciones de un museo, que puede nutrirse sin duda con ejemplares de nueva adquisición, pero que en principio se compone de un conjunto que no modifica su estructura, podría-

mos mantener en el espectador un interés permanente por los objetos que conserva el museo de su comunidad o de su ciudad? Podríamos formular varias respuestas a esta interrogante, que en muchos casos son contradictorias, porque contradictorio es el mundo en que vivimos. Pero no obstante, aún reconociendo las contradicciones que puedan existir y que son el resultado de la desigualdad social provocada por factores económicos e ideológicos, hay que convenir que los museos en el momento actual, han abierto grandes posibilidades para propiciar la meditación sobre aspectos que pueden dar respuesta a preguntas que se hace el ser humano sobre su papel en la sociedad y sobre las conquistas que ha recibido como herencia, conocimiento éste que lo debería inducir a ser consecuente con el aporte que le corresponde dar como protagonista de su época. Por ello, para lograr que el museo se convierta en el mayor y mejor difusor de los valores del Patrimonio Cultural, debemos tener en cuenta las consideraciones anteriormente señaladas; y muy en especial, en los países subdesarrollados, es imprescindible darles atención para obtener verdaderos resultados en la lucha por la conservación del Patrimonio Cultural y Natural y por el rescate y conservación de las identidades.

Anteriormente, se señaló que el museólogo debe poseer un espíritu creador, y nunca más necesario que para ser un verdadero difusor de los valores patrimoniales. Porque, ¿a qué aspiramos cuando nuestro empeño tiene como meta el dar a conocer esos valores? En nuestro caso, ¿lo haríamos por un placer meramente artístico, vacío de intenciones?, o por el contrario ¿lo haríamos a través de un análisis dialéctico para situar esos valores de modo tal que nos sirvan como punto referencial para la justa comprensión de nuestra identidad, del aporte con el que nuestros antepasados y nosotros mismos, hemos contribuido a conformar nuestra historia y comprender de ese modo por qué amamos y defendemos la naturaleza que también nos pertenece como parte del Patrimonio que es nuestro? A esto precisamente hacemos referencia cuando hablamos de los mecanismos que se deben emplear para que el público de una comunidad

determinada no se vuelva indiferente al museo; porque ojalá sepa de antemano que observará y apreciará en sus salas imágenes que ya conoce.

Superar ese inconveniente es también tarea del museólogo, y aunque la museología, contemporánea ha creado lo que se conoce por animación cultural y se practica en todas partes para divulgar diversas disciplinas con el fin de mantener un flujo regular de visitantes al museo, para nosotros la acción de promover los valores de nuestro Patrimonio tiene otras connotaciones. Decimos esto, porque nuestros pueblos, que padecen los embates del colonialismo y que están expuestos a las constantes prácticas neocolonialistas, sufren la manipulación dirigida a ejercer en primera instancia sobre nuestra cultura y sobre nuestra identidad, prácticas de penetración cultural que deforman y denigran nuestra historia.

Estas consideraciones ideológicas deben ser la herramienta fundamental para promover y difundir los valores del Patrimonio que nos pertenece, de modo tal que ejerza en las conciencias de las nuevas generaciones influencias que las induzcan a su auto-reconocimiento y a la valoración de la importancia moral de ser consecuentes con su historia.

Ahora bien, nos hemos planteado la necesidad de promover el patrimonio de modo tal que no se produzca cansancio por las imágenes cotidianas, y para ello es necesario lograr que el visitante se reconozca en cada objeto, en cada evidencia que lo identifica, para que esa cotidianidad no se transforme en rechazo. Eso es posible o más bien necesario, haciéndole ver en primer lugar, que él forma parte de esa evidencia y que tiene derecho de propiedad sobre ella, porque es la que representa.

Antes de poner punto final a este artículo con una cita de nuestro querido Maestro Omar Dengo, es muy importante que reflexionemos acerca del papel que le compete jugar a la Universidad en el rescate y defensa del Patrimonio Cultural y Natural del pueblo que la nutre. Ima-

ginémoslos nada más, como mero ejercicio intelectual, la enorme tarea que podría jugar la Universidad de Costa Rica, si tuviera una influencia directa en la formulación y ejecución de todas aquellas políticas que están relacionadas con el papel del museo como órgano de rescate de nuestro Patrimonio, en el más amplio sentido del término.

Esperamos, de alguna manera, haber comunicado lo que sentimos debe ser el papel del museo como difusor de los valores del Patrimonio de un pueblo; si esto ha sido así, permítasenos afirmar que cuando contemplamos una y otra vez las obras que forman parte de nuestros antecedentes culturales, ya no sólo las disfrutamos como imagen pura, sino y sobre todo, por el significado que tienen como valor histórico; como señal a la que siempre responderemos sin fatiga. Cuando un museólogo logre transmitir en un museo esas sensaciones a la comunidad que lo visita, ese museo cumple la función que le corresponde en la sociedad.

Traigamos a colación, las sabias palabras de don Omar Dengo, que en esta ocasión nos sirven para concluir este artículo:

"Sabemos bien que todo país tiene un pasado, un presente, y un futuro... el pasado es tradición, historia, creencia, costumbre, raza; en suma, arraigo multiforme cuya naturaleza y trascendencia se descubre al comprender que el presente es la gravitante transformación del pasado en futuro..."(1)

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

(1) DENGÓ, Omar. La Escuela generadora del porvenir, pensamiento de Omar Dengo. Edit. M.E.P., San José, Costa Rica; 1968.